

En librerías el **3 de FEBRERO**

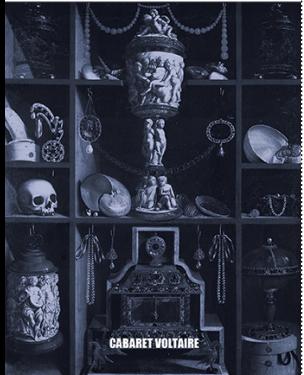
Gabrielle Wittkop
Cada día es un árbol que cae

Traducción
Lydia Vázquez Jiménez

192 págs.
PVP 18,95
ISBN 978-84-121753-4-9



Gabrielle Wittkop
Cada día es
un árbol que cae



CABARET VOLTAIRE

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE
www.cabaretvoltaire.es
prensa@cabaretvoltaire.es

La fría y fastuosa crueldad que anima la escritura de Gabrielle Wittkop alcanza su máximo exponente en este libro de púrpura aterciopelada.

«No creo que lo que me he perdido, a medias, voluntariamente, en mi vida fuera de suma importancia y hubiera contribuido mucho a mi felicidad. No me consumo en la nostalgia de lo que se me negó porque no fue más que el precio de las cosas raras. Elegí la mejor parte, la que ya no se me puede quitar. Y si mi fuego no puede ser calor, sea resplandeciente claridad, sea luz incandescente, luz, por fin, sea luz antes de que muera.»

Este diario imaginario escrito por una mujer, Hippolyte, mezcla recuerdos de infancia, de amores, de viajes (notas muy personales y suntuosas sobre la India, Alemania, París, Venecia, Madrid). Autorretrato de una individualidad excepcional cuya existencia se extiende desde el nacimiento hasta la muerte, esos dos límites que, paradójicamente, abren el espacio infinito de una vida efímera. Tenebrosa memoria de la carne, fermento de corrupción inoculado por los recuerdos, *Cada día es un árbol que cae* es un monstruoso antifonario, libro de misa negra, diario íntimo de la maldición de vivir.

A su muerte, el manuscrito fue encontrado por su secretaria. «Me hablaba de él, pero nunca me lo dejó leer.»

Se puede leer *Cada día es un árbol que cae* como una autobiografía soñada de Gabrielle Wittkop donde el amor, para bien o para mal, no tendría el lugar principal.

Gabrielle Wittkop (Nantes, 1920-Frankfurt, 2002). Su estilo rico y suntuoso, así como su temática, recuerdan a la obra del Marqués de Sade, de Lautréamont o de Edgar Allan Poe. Lectora precoz, a los 6 años ya disfrutaba de los clásicos franceses, a los 20 había leído toda la gran biblioteca paterna de su casa natal en Nantes, con una especial predilección por el siglo XVIII. Para entonces, Francia estaba ocupada por los nazis. La casualidad llevó a Gabrielle a conocer en París a un desertor alemán, homosexual, Justus Wittkop, con el que se casaría al terminar la guerra, un matrimonio que Gabrielle calificó como un «enlace intelectual». La pareja se instaló en Alemania donde Gabrielle residió hasta su muerte. Esta mujer asombrosa, viajera empedernida, que recorrió todos los rincones del mundo, que afirmaba su total ausencia de sentimientos religiosos, su disgusto por la familia y su desprecio por todo nacionalismo, se dará muerte a los 82 años, para evitar la terrible degeneración que le prometía un cáncer en fase avanzada. Es autora entre otras novelas de *Le nécrophile* (1972), *La mort de C.* (1975), *Sérénissime assassinat* (2001), *La marchande d'enfants* (2003).